

La calle para el miércoles 10 de marzo de 2010
Diario de un espectador
Cumpleaños
por miguel ángel granados chapa

Sin saber por qué, en esta fecha evocamos un cumpleaños, el de un personaje ficticio a cuya configuración asistimos en este momento, y al que llamaremos Atalo, como por broma lo nombraban sus hermanos, divertidos con el santoral que leían en el Calendario del más antiguo Galván que año con año mercaba su abuelo materno.

En el medio en que Atalo creció no se estilaban las fiestas de aniversario. Si algún festejo hubiera, correspondía más bien al día del santo. Pero en general no había ni posibilidades ni costumbre de celebraciones de ese género. La siguiente generación, los primos pequeños de Atalo sí fueron festejados, porque su tío Gilberto había casado ya con algunos años auestas y su situación económica era mejor que la de su hermana, la madre de Atalo, y porque su esposa, la tía Emma, venía de un círculo de profesionales y empleados de clase media.

Los hermanos de Atalo y él mismo, no echaban de menos las fiestas de cumpleaños porque no las conocieron jamás, ni en el barrio en torno suyo las había. Eso no obstante, y si bien no hubo pastel, ni piñata, ni payaso, ni videograbación y todos los adornos que llevan consigo, hoy, esa clase de convivios, el décimo aniversario de nuestro pequeño personaje inventado tuvo todo el aire de una celebración.

Poco antes la familia había dejado de vivir en la casa de vecindad que se alzaba en la esquina de avenida del Trabajo y la calle Amado Nervo. En esta, donde se abría la puerta principal, el número era treinta. En aquella, que durante una época fue bautizada como Gudelia Bautistra, nombre de una austera directora de la escuela primaria construida frente al jardín de la colonia Morelos, el número era doce, y la puerta correspondiente daba a la vivienda de la familia de Atalo, y directamente a la pieza donde su madre recibía a la clientela que atendía el letrero colocado en una ventana: se cose ajeno.

Poco antes de ese décimo aniversario, tal vez porque la hermana mayor fue empleada como taquimecanógrafa en una joyería, los ingresos familiares —derivados sobre todo del esfuerzo cotidianamente realizado en varios oficios por la jefa de la familia—habrían levemente aumentado y permitieron alquilar una casa sola, no lejos de la anterior, en la avenida Héroes de Chapultepec. Esa tenue bonanza permitió que el cumpleaños número diez de Atalo quedara marcado en la historia familiar, pues la nueva casa y el propio niño fueron vestidos de azul, que era su color favorito.

La madre colocó cortinas de popelina azul en las dos ventanas que daban a la calle, y en alguna puerta interior, con lo que la habitación mostraba una penumbra azulada. Y el muchachito, destinatario de un trato amoroso especialmente volcado sobre su persona, recibió un suéter azul marino. Más pronto que tarde, sin embargo, y no por falta de aprecio por el regalo sino precisamente por no tener el hábito de llevar consigo una prenda de esa calidad, el suéter desapareció. En un viaje a la ciudad de México el suéter

fue colocado en la repisa trasera del repleto autobús. El viejo vehículo era “chato”, como llamábamos a los que carecían de cofre porque el motor estaba atrás, atosigando con su calor a los pasajeros tocados por el infortunio de viajar en el largo asiento posterior. Al descender en la calle de Matamoros en pleno Tepito, Atalo olvidó su prenda. Y todavía hoy, sesenta años después, lo deplora.